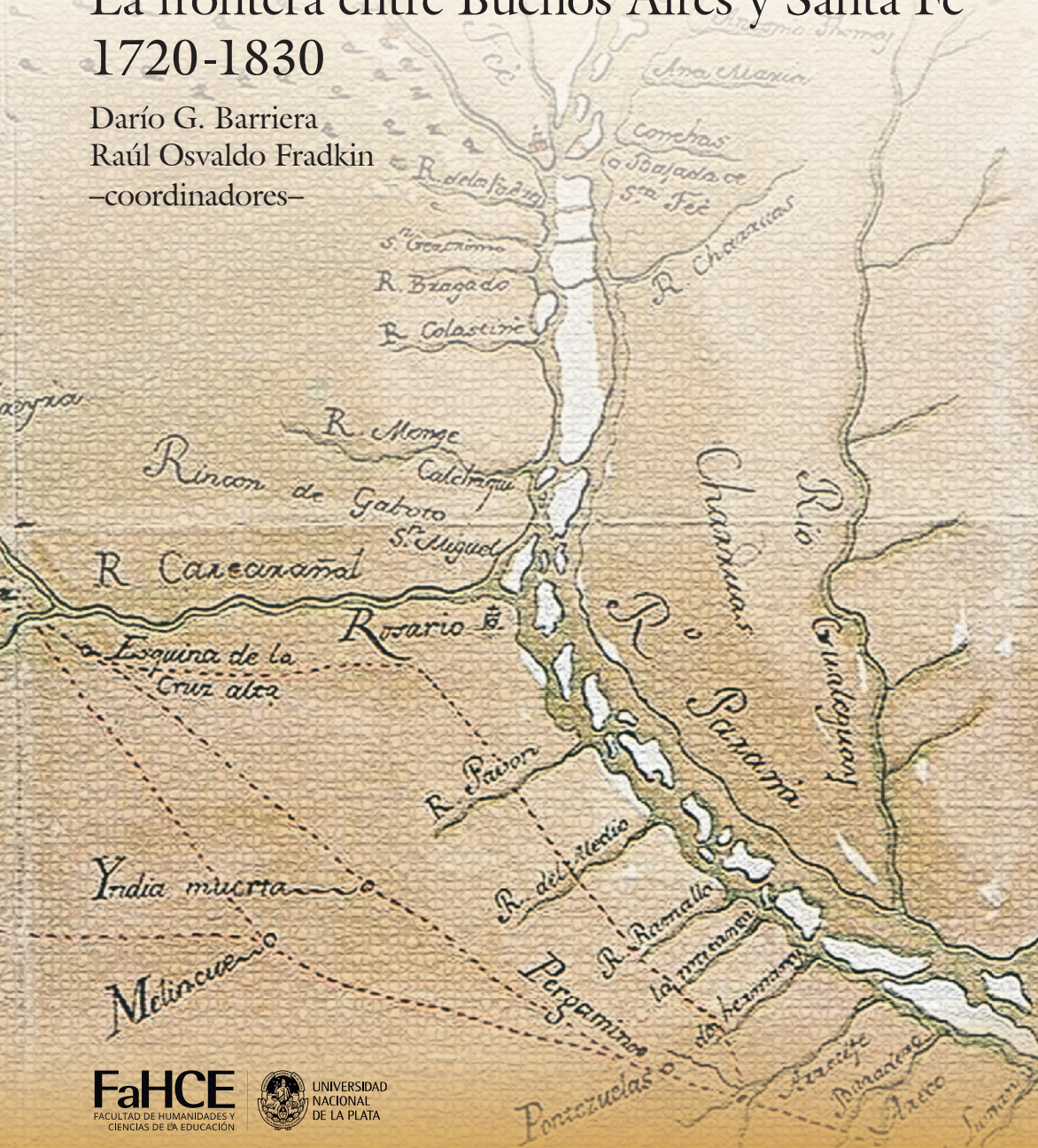


Gobierno, justicias y milicias La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe 1720-1830

Darío G. Barraera
Raúl Osvaldo Fradkin
—coordinadores—



Gobierno, justicias y milicias

La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe
(1720-1830)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

2016

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramirez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Lenci

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Gobierno, justicias y milicias

La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe
(1720-1830)

Darío G. Barrera

Raúl Osvaldo Fradkin

–coordinadores–

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

2016

Gobierno, justicias y milicias
La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe
1720-1830

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. La edición de este libro fue posible gracias al apoyo de CONICET.

Diseño de tapa y maquetación
mbdiseño

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
Impreso en Argentina
© 2016 Universidad Nacional de La Plata ISBN
978-950-34-1371-5

Cita sugerida: Barrera, D. G. y Fradkin, R. O. (coord.). (2016). Gobierno, justicias y milicias : La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe (1720-1830). La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Estudios/Investigaciones ; 50). Recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/27>

Índice

Introducción

Instantánea de una pausa. Estudiando a los agentes que producen fronteras en el <i>largo</i> siglo XVIII rioplatense <i>Darío G. Barrera</i>	9
La justicia rural en tensión Alcaldes provinciales, cabildos y autoridades centrales en el proceso de territorialización <i>Carlos M. Birocco</i>	15
Espacios en tensión, territorios en construcción Santa Fe y Buenos Aires durante la primera etapa borbónica (1700-1745) <i>Griselda Tarragó</i>	41
Con los curas a otra parte Curatos rurales y doctrinas en la frontera sur santafesina (1700-1740) <i>Miriam Moriconi</i>	71
El gobierno de los campos entre el reformismo borbónico y la política de los vecinos: partidos, distritos y jueces delegados (Santa Fe, 1789-1808) <i>Darío G. Barrera</i>	119
Jueces santafesinos en la otra banda del Paraná El problema de la proximidad en el proceso de reordenamiento territorial de la campaña Pago de Bajada, último cuarto del siglo XVIII <i>Paula Polimene</i>	157
Soldados de Pinazo El poder miliciano en el norte de la frontera de Buenos Aires (1766-1779) <i>María Eugenia Alemano</i>	177
Fuerzas militares y milicianas y configuración de un espacio fronterizo (1760-1820) <i>Raúl Osvaldo Fradkin</i>	209

Repensando los malones del siglo XVIII en la frontera de Buenos Aires <i>Florencia Carlón</i>	251
¿El norte también existe? Diplomacia y relaciones interétnicas en la frontera bonaerense <i>Silvia Ratto</i>	277
Autoridades locales y elecciones en la frontera norte bonaerense (1815-1828) <i>Vicente Agustín Galimberti</i>	299
Los autores y las autoras	329

Instantánea de una pausa Estudiando a los agentes que *producen* fronteras en el *largo* siglo XVIII rioplatense

Darío G. Barrera

El libro que aquí se presenta es resultado de un Proyecto de Investigación Plurianual financiado por CONICET.¹ Su título –“Relaciones de poder y construcción de liderazgos locales. Gobierno, justicias y milicias en el espacio fronterizo de Buenos Aires y Santa Fe entre 1720 y 1830”– hacía referencia a las coordenadas más generales de los problemas que nos propusimos estudiar. Su subtítulo, que apuntaba a algunas de las agencias de frontera que pensábamos analizar (se verá que agregamos otras en el camino) brindaba además las coordenadas de espacio y tiempo. Ascendió a título y así se estampa en el frontis de esta obra colectiva que coordinamos con Raúl Fradkin.

Este no es el único resultado del proyecto –se han presentado decenas de ponencias, se ha publicado un buen número de artículos, se han encaminado tesis de licenciatura y terminado dos de doctorado– pero sí es el más conversado colectivamente. Para hacerlo, hemos masticado ideas que, si debo ser metafóricamente justo, todavía estamos *rumiando*, actividad aparentemente inútil a beneficio de inventario no obstante lo cual estoy dispuesto a asignarle el lugar del mejor de los beneficios intangibles.

La empresa colectiva partió de diagnosticar que teníamos algunos problemas en común sobre los cuales indagar y que el Arroyo del Medio, naturalizado como límite entre los actuales territorios provinciales de Buenos Aires y Santa Fe, no tenía por qué funcionar como separador de un esfuerzo de comprensión histórica del pasado territorializado de una relación que coincide con los intercambios entre las jurisdicciones encabezadas en sendas ciudades (primero) y provincias (después).²

1 Proyecto de Investigación Plurianual (PIP, 2010/2012) núm. 0318, aprobado por CONICET a través de su resolución núm. 325 del 4 de febrero de 2010.

2 Sobre algunos aspectos de esta transformación del *sujeto* jurisdiccional como forma de poder político véanse los primeros artículos incluidos en Raúl Fradkin (director de tomo) *Historia de la Provincia*

Inicialmente pensábamos estudiar una relación sursantafesina/norbonaerense –siempre hemos bromeado acerca del significado del río Carcarañá como borde *verdadero* entre un “paisaje bonaerense” y otro “santafesino”– pero bien pronto los trabajos de Raúl Fradkin y Silvia Ratto sobre las milicias y sus movimientos mostraron un *diseño* fronterizo cuya explicación tendía firmes puentes sobre el *río marrón*.

La *frontera* de la que se ocupa este libro, entonces, no es un límite; no es el borne entre dos jurisdicciones. Ni siquiera una “intersección” geográfica ni política que, siguiendo los presupuestos *ratzelianos*, constituye un espacio de negociación. Es un fenómeno de otra naturaleza. Se trata del resultado de una interpretación que ubica en territorios comunes conflictos que los agentes que se reconocían a sí mismos como gobernadores o gobernados de Santa Fe o de Buenos Aires mantuvieron entre sí, pero sobre todo *en común* –o mejor, en *mancomún* en contra de *otros*. *À l'époque*, se sabe, los “otros” por excelencia eran “los infieles”, los “portugueses”, “los perjudiciales” o cualquier sujeto social que la comunidad considerara *externo*. Tal y como lo trae a colación Miriam Moriconi en el trabajo de su autoría que incluye este volumen, la frontera no es otra cosa que la construcción de espacios transicionales entre mundos: colonizado/no colonizado, evangelizado/no evangelizado; políticamente equipado/políticamente desierto; militarizado/no militarizado: pero sobre todo de un espacio de experiencia que es poroso y que está atravesado ontológicamente por los intercambios entre esos universos como fenómeno diferencial y distintivo.³

Nuestros enfoques, se verá, fueron siempre muy atentos a las relaciones sociales territorializadas. No obstante, los diseños que obtuvimos son –felizmente– espaciales: esto quiere decir, en buen romance, que las *territorialidades* de las relaciones que analizamos están definidas por el diseño de las relaciones entre los agentes, por sus movimientos –por lo tanto, *espacios*. Aunque existió la voluntad de brindar explicaciones tan abarcativas como nos fuera posible, cada incisión produjo una suerte de *croquis* con itinerarios propios de la sección del problema y hecho a la medida de los agentes estudiados. No encontrará el lector una mirada olímpica sobre todo un territorio, ni sobre dos territorios (si se piensa en las jurisdicciones separables) ni sobre sus bordes de contacto. Sí, en cambio, mundos en movimiento.

Los distintos microcosmos que se analizan en este libro, si mis colegas permiten una expresión que no necesariamente tienen que compartir, presentan además un tipo de frontera clave sobre la cual no hubo un mandato de investigación: relejendo por última vez el manuscrito de un tirón y en su conjunto, surge patente que hemos explorado una frontera inesperada, fruto de una sensibilidad analítica subyacente pero

de Buenos Aires – Tomo II – *De la conquista a la crisis de 1820*, colección dirigida por Juan Manuel Palacio, UNIPE-EDHASA, Buenos Aires, 2012.

3 Siguiendo a Jimena Paz Obregón Iturra, Luc Capdevilla y Nicolas Richard, *Les indiens des frontières coloniales. Amérique australe, XVIIe. Siècle/temps présent*. Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2011, pp. 9-10.

tácita en los presupuestos iniciales del proyecto: nuestros trabajos hablan sobre todo de las químicamente impuras fronteras entre gobernantes y gobernados,⁴ construidas en el roce producido entre quienes fabricaban políticas para gobernar y quienes, desde el llano, hicieron lo propio para incidir sobre cómo querían ser gobernados, lo cual realizaron con diferentes pero indudables grados de éxito —ya que incluso si no consiguieron imponer su proyecto dejaron su impacto en la construcción de los modos de entender los liderazgos, la gobernabilidad o el ejercicio de la jurisdicción.

Las relaciones entre liderazgos y autoridades en clave de construcción de espacios de gobierno, los fundamentos de sus legitimidades, las tramas sociales en que se sustentaron, las relaciones y conflictos que surgieron entre ellas, las formas que adoptaron los liderazgos locales que emergieron en articulación o en competencia con estas autoridades y el impacto que este conjunto de situaciones tuvo en los procesos de equipamiento territorial en el amplio ámbito fronterizo donde situamos estas relaciones constituyen la materia que organiza el conjunto a partir de los enfoques que cada uno de los autores —miembros del proyecto e invitados— asignó a su cantera de investigación.

Hay algo más que surge con claridad y que, probablemente sólo es perceptible desde el mirador santafesino, o más genéricamente, parado desde la plataforma de una cultura sufragánea:⁵ entre 1720 y 1780 tiene lugar un proceso crucial. Allí comienza el lento pero inexorable desmoronamiento de la *ciudad* como unidad preponderante de la composición de lugar jurisdiccionalista en la cultura política en el Río de la Plata. No es en el mundo de las ideas o de las concepciones doctrinarias sino en el orden de las relaciones reales entre las personas (en clave de *pobladores*) y sus autoridades políticas donde comienza a advertirse el lento pero seguro deterioro de la ciudad como centro neurálgico desde el cual *irradiaba* la jurisdicción.

El libro devuelve docenas de ejemplos para quien quiera verlos: pero sólo para ilustrar con un par de botones de muestra, el peso de los movimientos del Obispado y su articulación con la gobernación en los años 1730 y 1749/50, la forma en que se resuelve el conflicto por el gobierno del oriente entrerriano en los años 1780, las

4 La inspiración que proviene de los estudios de Partha Chatterjee es en este punto evidente. Cfr. su *The Politics of Governed* (2004) cuyas propuestas están bien resumidas en su propia “Delhi lecture”, publicada como “La política de los gobernados”, *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 47 (2), pp. 199.231. Trad. de Margarita Chaves y Juan Felipe Hoyos.

5 Utilizo este concepto para designar el conjunto de lenguajes, saberes, actitudes y demás componentes de la cultura política que solamente pueden cultivarse en sedes de poder político que siempre dependieron de otras en calidad de *cabeceras* —de gobernación, virreinato, intendencia o Real Audiencia. En estas poblaciones se genera la naturalización de ciertas relaciones de dependencia así como se adquiere el dominio de un lenguaje de la negociación con las *instancias superiores* muy diferentes de aquellas que tienen a su vez una experiencia de *civis caput* —como es el caso de Buenos Aires. Me extiendo sobre el particular en “La cultura sufragánea: lenguajes, saberes y conductas de la dependencia política y jurisdiccional”, en preparación.

modalidades de negociación de los vecinos del sur santafesino con el gobernador-intendente sobre finales de esa misma década o el diseño de gobierno de las milicias, que atraviesa todo el periodo, demuestran el calado del crecimiento del modelo *diocesano* –en su sentido grecolatino y laico, de modelo del gobierno por provincias– en detrimento del ciudadano. Si las asignaciones de jurisdicción de 50 leguas a los cuatro vientos que Garay había hecho para la ciudad de Santa Fe en 1573 eran en cierto sentido un lógico sucedáneo de sus potestades y obligaciones para producir territorio de la monarquía,⁶ la continuidad de su propia agencia activó la herencia de un conflicto con un acto similar riualizado en 1580 a orillas del Río de la Plata con la fundación de la ciudad de Buenos Aires, ya que superpuso dos jurisdicciones creadas por él mismo. En 1721 esto era motivo de preocupación y a lo largo del siglo XVIII su recuerdo podía provocar una sonrisa socarrona. La dinámica del gobierno de los territorios rurales modificó completamente la manera de pensar el gobierno sin más a escala de toda la gobernación del Río de la Plata –hecho que, desde luego, no fue excepcional en términos de originalidad sino de escala, por la tremenda distancia que separaba a las escasas ciudades de una de las más extensas de las provincias americanas de la monarquía hispánica.

Los procesos de territorialización con la impronta de las reformas borbónicas de la primera mitad del siglo XVIII fueron abordados a partir de diferentes agencias, algunas de las cuales estaban previstas al comienzo del proyecto y otras no. Griselda Tarragó las estudió a nivel de la gobernación a través de las redes tejidas por élites regionales peninsulares que cruzaron el Atlántico y Miriam Moriconi distinguiendo y destacando los cruces clave entre las acciones seculares y las curatales y eclesiásticas para sostener el movimiento de los ejercicios jurisdiccionales con cuerpos concretos. Las agencias eclesiásticas y curatales acabaron por ser fundamentales a la hora de explicar muchas de las colaboraciones y de las pujas por el gobierno de los cuerpos y de las almas de esos espacios que parecen *más frontera* tales como los de interacción con *indios amigos e infieles*.

La pista de la construcción de espacios institucionales como expresión de relaciones de poder político en áreas rurales de la gobernación son considerados secularmente: ese es el hilo que une los trabajos de Birocco, Polimene y el de mi autoría. Si los *gobernadores* tenían un plan para los territorios rurales los trabajos ponen el acento –con diferencia en la órbita de las relaciones– en lo que los agentes *hicieron efectivamente* de o contra esos planes, aspecto que también transitan Alemano y Carlón.

La idea que surge de *frontera* como espacio de interpretación se ve reforzada además por el hecho de que nuestra atención no fue atrapada por las disputas jurisdiccionales entre las ciudades: esto fue resultado de advertir que dicha preocupación

6 Darío Barrera, *Abrir puertas a la tierra. Microanálisis de la construcción de un espacio político. Santa Fe la Vieja, 1573-1640*, Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, Santa Fe, 2013.

no apareció como central para los propios agentes. La puja por el oriente entrerriano, según lo muestra Polimene, deja percibir cómo el funcionamiento de la gobernación-intendencia obedece antes y después de 1780 a diferentes planteos estratégicos en los cuales Santa Fe no se enfrenta con otra “ciudad”: allí se ve cómo desde la sede santafesina se construye una mirada sobre el territorio que la ciudad de Santa Fe no puede encarnar ni puede compartir, pero que deberá comprender y aceptar.

Los territorios de frontera al norte de Buenos Aires, al norte de Santa Fe o *entrambas* ciudades fueron escenarios de construcción de diferentes formas de autoridad –judicial, militar, eclesiástica pero siempre de *gobierno*– con distintos fundamentos de legitimidad y capacidad de acción, que establecieron modos específicos de relación con los entramados sociales rurales, tal y como se percibe en los trabajos anteriores y en los de Alemanno y Fradkin (con acento en la dimensión miliciana) y los de Carlón y Ratto (reconsiderando las relaciones interétnicas en clave de interpe-laciones políticas).

Cuando la crisis de la independencia abrió el camino de la formación de los estados provinciales que tuvieron que afrontar el desafío de afirmar su autoridad sobre los territorios y las poblaciones rurales las relaciones políticas con el mundo rural –fronterizo o no– atravesaban un periodo de profundas redefiniciones que, como lo muestran los trabajos de Fradkin y el mío, habían comenzado hacia los años 1780: de las dinámicas milicianas de este proceso se ocupa particularmente Raúl Fradkin mientras que Vicente Agustín Galimberti aborda minuciosa y muy perspicazmente la dinámica electoral de un importante distrito del norte bonaerense hasta los umbrales de la experiencia rosista.

La materialidad de este libro es la de una pausa ante la situación que describía al comienzo: seguimos pensando lo que estuvimos conversando durante tres años, y tuvimos que plasmar la foto del *mientras tanto*. Este volumen es la constancia de los registros compartidos a los cuales llegamos con el deseo de continuar, lo cual seguramente en algún momento volveremos a concretar en forma de otro programa de investigación compartido.

Para terminar, corresponde agradecer.

En primer lugar a los miembros del proyecto: Raúl Fradkin, Silvia Ratto, Griselda Tarragó, Florencia Carlón, Vicente Agustín Galimberti, Miriam Moriconi y M. Paula Polimene, con quienes fue un placer dialogar, edificar hipótesis y asumir el riesgo de construir explicaciones sobre estos temas tan complejos.

El libro se benefició de su producción y también de las contribuciones de dos invitados externos que participaron de los diálogos presenciales y virtuales concretados en las muy logradas versiones finales de los trabajos que aquí incorporamos: mi gratitud para con Carlos M. Birocco y M. Eugenia Alemanno, cuyos aportes se articularon muy provechosamente con los nuestros.

En tercer lugar, en dos de las reuniones que mantuvimos en la ciudad de Rosario para discutir borradores recibimos comentarios de sendos generosos colegas que funcionaron como *sparring* e hicieron valiosas contribuciones que esperamos haber sabido capitalizar: a María Elena Barral y Julio Djenderedjian, en nombre de todo el equipo, una gratitud que no compensará seguramente el tiempo que invirtieron regalándonos tanta agudeza y tanta generosidad intelectual. También a Osvaldo Barreneche, por su minuciosa e impecable lectura que incidió positivamente sobre esta versión final del libro.

También en nombre de todo el equipo, vaya nuestra gratitud para el comité editor de la Universidad Nacional de La Plata, muy especialmente a los evaluadores del libro y al coordinador editorial, Dr. Guillermo Banzato, por recibir este volumen colectivo en una de sus prestigiosas colecciones.

Todo el proyecto y esta publicación, finalmente, fueron posibles gracias al apoyo material del CONICET.

Darío G. Barrera
Director PIP 0318, ISHIR-CONICET
Rosario, julio de 2014.

¿El norte también existe? Diplomacia y relaciones interétnicas en la frontera bonaerense

Silvia Ratto

Introducción

A partir de 1815 el espacio fronterizo entre Buenos Aires y Santa Fe fue escenario de una creciente conflictividad entre el ejército directorial y las fuerzas organizadas por los gobiernos disidentes del Litoral; recordemos que, a la confrontación que ya había comenzado con el movimiento liderado por José Gervasio de Artigas en la Banda Oriental, se sumó la sublevación del ejército directorial en Fontezuelas y el establecimiento del primer gobierno autónomo de Santa Fe. En un intento por retomar el control del litoral, el Directorio llevó a adelante cuatro “invasiones” sobre ese espacio en 1815 y 1816.

En otros trabajos realizados con Raúl Fradkin, analizamos este contexto en función de distintos ejes como, los mecanismos de movilización implementados para organizar las fuerzas militares, las formas de hacer la guerra¹ y la emergencia de liderazgos locales que, en ocasiones llegaron a tener una proyección que superó las jurisdicciones provinciales.² Definimos este entramado de rivalidades que no puede circunscribirse al enfrentamiento entre directorales y antidirectorales como “conflictividades superpuestas” en donde incluimos las alianzas que se tejieron para incorporar a grupos indígenas dentro de las fuerzas militares enfrentadas.³ En ese sentido,

-
- 1 Raúl Fradkin y Silvia Ratto, “El botín y las culturas de la guerra en el espacio litoral rioplatense” en *Amnis. Revue de civilisation contemporaine Europe/Amériques* No. 10, Dossier *Culture de guerre. Représenter et penser l'affrontement (XIX siècle a nos jours)*. <http://amnis.revues.org/1277>, 2011
 - 2 Raúl Fradkin y Silvia Ratto, “Territorios en disputa. Liderazgos locales en la frontera entre Buenos Aires y Santa Fe (1815-1820)”, en Gelman y Fradkin (comp.) *Desafíos al Orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*. Prohistoria ediciones, Rosario, 2008. pp. 37-60
 - 3 Raúl Fradkin y Silvia Ratto, “Conflictividades superpuestas. La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe en la década de 1810”, en *Boletín Americanista* 58, Barcelona, 2008. p. 273-293.

siguiendo el trabajo pionero de Martha Bechis,⁴ señalábamos que los indígenas jugaban su propia guerra en estas alianzas al no incorporarse de manera plena a los objetivos de los criollos; por el contrario, su participación –o mejor dicho, los móviles que llevaron a su participación– se vinculaban de manera directa a la posibilidad de apropiarse de recursos para sus propios circuitos de intercambio. El estudio de estas alianzas interétnicas estuvo centrado fundamentalmente en aquellas realizadas por los líderes del Litoral que involucraron a los indígenas que habían pertenecido a las misiones tanto guaraníes como guaycurúes.

El objetivo del trabajo está centrado en analizar los contactos diplomáticos que se sucedieron de 1816 y 1821 entre el gobierno de Buenos Aires y algunas agrupaciones ranqueles. Partimos de la idea –ampliamente consensuada en las investigaciones actuales sobre el tema– de que las relaciones diplomáticas estaban fuertemente personalizadas y dependían en grado extremo en contactos personales. Respondiendo a esa premisa, por un lado, la agrupación ranquel no puede ser considerada una unidad monolítica, sino que en su interior –debido a la laxitud de las jefaturas indígenas– existían líderes a favor y en contra del pacto con el gobierno. Y, por otro lado, dentro de la sociedad criolla, existía la misma disparidad de opiniones con respecto al curso que debía seguir la relación con los indígenas.

Sobre esta idea central se agrega la coyuntura política particular que se señaló al inicio: si el período comienza con el momento más algido del conflicto civil que llevó a que la frontera norte cobrara una relevancia especial, hacia 1821 fue cada vez más claro el desinterés del gobierno por esa región de la campaña que se hizo evidente en la esfera de las relaciones interétnicas. En este caso derivó en la imposibilidad de concretar el acuerdo con los caciques ranqueles. Este hecho originaría en los jefes indígenas una pérdida de confianza en estas negociaciones y no sería descabellado encontrar la explicación de la constante negativa que, posteriormente, tendrían los caciques “ranqueles” por establecer acuerdos de paz con la provincia de Buenos Aires y, en general, con los desencuentros que caracterizaron la relación interétnica en esta etapa.

Siguiendo la idea anterior, el trabajo está dividido en dos momentos diplomáticos en los que nos interesará indagar sobre el contexto político de cada sociedad para poder entender quiénes fueron los interlocutores y qué móviles los llevaron a buscar esos encuentros parlamentarios. No es ocioso dejar en claro que, mientras para la sociedad criolla es posible realizar un estudio “a ras del suelo” en donde se puede con relativa facilidad seguir día a día la evolución de las situaciones políticas, para el caso de la sociedad indígena debemos conformarnos con marcar líneas generales de su evolución. A pesar de esta diferencia en la profundidad del análisis, creemos que

4 Martha Bechis, “Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX”, en N. Goldman y Salvatore, R. (comp.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema.*, Buenos Aires, Eudeba 1998.

el enfoque planteado en el trabajo permite avanzar en un relato que incluya a ambos interlocutores como partícipes de una misma historia.

“Compatriotas y amigos ... componéis una bella porción del todo nacional”⁵

Para conocer la situación existente en el espacio indígena pampeano, es necesario remontarnos al inicio del periodo revolucionario cuando el mismo se convirtió en escenario de fuertes disputas entre grupos nativos “originarios” de la región y nuevos migrantes del otro lado de la cordillera que buscaban asentarse en las pampas. La prevención sobre el uso del término “originario” se debe a que desde el siglo XVIII la movilidad a uno y otro lado de la cordillera era constante y en ocasiones derivaba en el asentamiento permanente de los grupos generándose procesos de etnogénesis.⁶ Los indígenas que llamamos “originarios” eran ranqueles que se habían conformado como unidad a finales del siglo XVIII, de un mestizaje entre indios andinos de los alrededores de Neuquén y autóctonos de Mamil Mapu, o “país de los montes” en mapudungum, espacio que se extendía al este de la cuenca Atuel-Salado-Chadileuvu.

Un espacio clave en estos conflictos era la zona de Salinas Grandes, lugar de aprovisionamiento de sal y centro de convergencia de rastrilladas –camino indígenas– de intercambio. Pedro Andrés García, enviado del gobierno revolucionario fue testigo de estas disputas cuando se hizo presente en la región con el propósito de mantener relaciones cordiales con los indígenas de la zona. Estas fricciones llevaron a que algunos líderes le pidieran al coronel español que el gobierno instalara pueblos de españoles en Salinas para “garantizar el comercio”. Pero este primer acercamiento del gobierno bonaerense no cristalizó en ningún acuerdo formal con las agrupaciones que buscaban, fundamentalmente, algún tipo de ayuda militar para resguardarse de los posibles conflictos intra étnicos.⁷

5 “El Director Supremo de las Provincias-Unidas en Sudamerica a los señores caciques y a todos los habitantes al sud de este continente”, en *Revista de Buenos Aires*, volumen 5, Buenos Aires, p. 134-135.

6 La categoría etnogénesis no se refiere sólo al nivel de emergencia de pueblos culturalmente y biológicamente distintos, sino a un proceso de creación de nuevas identidades en contextos de radicales cambios y discontinuidades. Para un planteo general sobre las características de los procesos de etnogénesis, ver los trabajos compilados en Jonathan Hill, (ed.) *History, Power, & Identity. Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992*, University of Iowa Press, 1996. Para la aplicación del concepto en territorio indígena del sur del continente americano, Guillaume Boccara, “Etnogénesis mapuche: resistencia y reestructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII)” en *The Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, Vol. 79, Nro. 3, 1999.

7 Hemos analizado en detalle esta coyuntura en Silvia Ratto, “Estado, vecinos e indígenas en la conformación del espacio fronterizo: Buenos Aires, 1810-1852”, en *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, Vol 2 (núm. 2), 2013, <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/corpus/article/view/1845/1759>; ver también Bechis, Martha, “De hermanos a enemigos: los comienzos del conflicto entre los criollos republicanos y los aborígenes del área araucopampeana, 1814-1818”, en Bandieri, Susana (Coord), *Cruzando la cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social*. Universidad Nacional del Comahue, 2001, pp. 65-99.

A fines de la década de 1810, los establecimientos rurales de la frontera norte bonaerense comenzaron a ser víctimas de incursiones indígenas. Los motivos de estos malones deben buscarse en la exacerbación del proceso que venía sucediendo desde hacía años. En efecto, las tolderías ranqueles del norte del espacio pampeano se vieron impactadas con la llegada de grupos diversos todos los cuales intentaban captar fuerzas indígenas para sus propios fines. Por un lado, un nuevo grupo del otro lado de la cordillera liderado por el cacique Pablo Levnopán,⁸ se había asentado en la región; por otro lado, la constante conflictividad criolla que, de guerra revolucionaria había pasado a enfrentamiento civil, había generado un flujo de desertores que buscaban refugio en las tolderías;⁹ finalmente, las fuerzas del patriota chileno José María Carreras que, enemistado con San Martín y aliado a los caudillos del Litoral, López y Ramírez, integraba las fuerzas que enfrentaban la política directorial de Buenos Aires.¹⁰

Como consecuencia de la aparición de esta diversidad de actores, se produjo un reacomodamiento dentro de las agrupaciones de la región debido a que algunos líderes aceptaron y cobijaron a los nuevos pobladores en tanto otros intentaron apartarse de su influencia y consolidar la relación con los criollos. En este contexto, algunos caciques ranqueles volvieron a intentar un acercamiento con el gobierno bonaerense que, esta vez, estuvo más atento a esos requerimientos debido a su propia preocupación por la presencia de partidas “montoneras”¹¹ en la campaña norte y el temor de que éstas involucraran a grupos indígenas. En efecto, la guerra contra los gobiernos del Litoral se prolongaba desde 1815 y el peso de la movilización guerrera había derivado en el recrudecimiento de un problema endémico de los ejércitos: la desertión.

Así, el mutuo interés entre el gobierno directorial y algunos caciques ranqueles por consolidar una relación amistosa llevó a que, en abril de 1816, el comandante general de campaña, Francisco Pico, avisara al director que algunos caciques se dirigían a la ciudad a presentar sus saludos, a los que recomendaba como jefes indígenas aliados.¹² Pocos días después elevaba el informe enviado por el cacique Lienan alertando

8 El cacique Pablo Levnopán había cruzado la cordillera a fines de la década de 1810 ubicándose por la zona de Salinas Grandes. Menirado Hux, *Caciques ranqueles*. Buenos Aires, Marymar, 1991.

9 Fradkin, Raúl y Ratto, Silvia, “Desertores, bandidos e indios en la frontera de Buenos Aires, 1815-1819”, en *Secuencia*, N 75, 2009, pp 11-41.

10 Beatriz Bragoni, *José Miguel Carrera. Un revolucionario chileno en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Edhasa, 2012.

11 El término “montonero” utilizado en las fuentes adopta exclusivamente la connotación de “contrario al gobierno”. Para una discusión sobre el uso historiográfico del concepto, ver Raúl Fradkin, “¿Facinerosos contra cajetillas? La conflictividad social rural en Buenos Aires durante la década de 1820 y las montoneras federales”, en *Illes i Imperi* No. 5. Tardor, 2001, p. 5-7.

12 Pico al Director, Luján, 2 abril 1816, AGN, X, 9.3.3. Se trataba de los caciques Quinduleo, Epumuy y Quintealeu.

sobre la existencia de un grupo de unos 40 indios que tenían intenciones de “salir a robar las arrias, tropas de carretas y pasajeros” por el norte de la provincia.¹³

Pero los directoriales no eran los únicos que buscaban la alianza con los ranqueles. Desde Rosario, el comandante Tomás Bernal había llamado a Dionisio Morales, vecino de Pergamino y lenguaraz, para proponerle que “fuese a los indios a tratar se reuniesen y bajasen en su auxilio”. Morales habría cumplido con el encargo enviando dos indios de chasque a las tolderías y, además, encabezando dos partidas de unos diez hombres que, procedentes de Santa Fe, habían pasado a jurisdicción bonaerense a robar.¹⁴ Estas noticias llevaron a que se ordenara la detención de Morales pero éste, junto a “un indio de este Pueblo llamado Ibirá” huyeron y se refugiaron en Rosario.¹⁵ El comandante Pico dispuso que el “benemérito vecino y capitán de estas Milicias D Martin Quiroga asociado con D Francisco Ulloa sugeto notable del pueblo” de Salto pasaran a los toldos para “ratificar y asegurar la unión y buena armonía en que vivimos”.¹⁶ A su regreso, Ulloa se dirigía con dos caciques “de los mas inmediatos”, a la Capital para informar al gobierno sobre el encuentro.¹⁷

En otro trabajo analizamos en detalle la trayectoria de Bernal que, desde Rosario, intentaba construir un liderazgo que excediera los límites provinciales y aprovechara contactos con vecinos de partidos del norte bonaerense, contrarios a la política directorial.¹⁸ Desconocemos el origen de la relación entre Bernal y Morales pero lo que sí es claro es que el último, vecino de Pergamino y tal vez debido a su función como lenguaraz, tenía claros vínculos con algunos indígenas y que algunos de éstos vivían en el mismo pueblo. De manera que la estrategia del comandante de Rosario parece haber sido contactarse con personajes que podían movilizar fuerzas indígenas. Lo mismo sucedía del lado directorial que, usando los contactos de los vecinos Quiroga y Ulloa pretendían hacer el mismo juego diplomático. Pero, como adelantamos en la introducción, si conocemos bien a los personajes criollos que mantenían vínculos con líderes indígenas, es más difícil saber quiénes eran éstos.

Durante los siguientes dos años no parecen continuarse los contactos diplomáticos con los ranqueles pero a inicios del año 1819 se produjeron una serie de cambios dentro del espacio provincial que llevaron a que éstos se retomaran. En enero de ese año se creó la Delegación Directorial en la campaña que, con autoridad sobre la comandancia de fronteras, tenía el propósito de retomar el control sobre el territorio. Cornelio Saavedra fue designado al frente de la misma y su centro de operaciones se

13 Pico al Director, Melincué, 11 abril 1816, AGN, X, 9.3.3

14 Pico al Director, Salto 21 septiembre de 1816, AGN, X, 9.3.3

15 Ambrosio Jose Altolaquirre al comandante general de campaña, Pergamino, 24 octubre de 1816. AGN, X, 9.3.3

16 Pico al Director, Salto 21 septiembre de 1816. AGN, X, 9.3.3

17 28 de noviembre de 1816, AGN, X, 9.3.3

18 Raúl Fradkin y Silvia Ratto, “Territorios en disputa...” pp. 44-49.

situó en Luján. Esto llevó a desplazar la sede de la comandancia general de frontera a la localidad de Salto. La misma estuvo a cargo interino de Gregorio Perdriel por fallecimiento de Pico en un encuentro militar. En lo que respecta al enfrentamiento con las fuerzas del litoral, la situación en la campaña bonaerense era crítica: partidas santafesinas incursionaban sobre los pueblos del norte, la desertión se multiplicaba en las filas directoriales y los poderes locales mostraban serios síntomas de desafíos al poder central.¹⁹

En estas circunstancias, el gobierno renovó los intentos por consolidar la amistad con los ranqueles; en junio de 1819 asumía como Director Supremo José Rondeau, por renuncia de Pueyrredón, quién pocos meses después encomendó a Feliciano Chiclana la realización de un parlamento con los “ranqueles” de Mamil Mapu. Rondeau intentó poner en práctica una política de acercamiento que los incluía como “compatriotas y amigos” de un “todo nacional”.²⁰ Si la proclama en la que planteaba esta imagen era similar a que la Castelli pronunciara en las ruinas de Tiahuanaco, en este caso era claro que se trataba solamente de una práctica discursiva.

Llama la atención la designación de Chiclana al frente de una acción tan delicada siendo nula su experiencia en este tipo de encuentros. Tal vez para garantizar el éxito de la misma se lo hizo acompañar por el vecino de Salto, Ulloa que, en esos momentos se desempeñaba como Protector especial de indios. En el transcurso de la misión, que conocemos por el diario de viaje realizado por Santiago Lacasa que acompañó a la comitiva,²¹ se mencionan momentos de tensión entre Chiclana y Ulloa en donde el último se mostraba más afín a las exigencias indígenas que a las propuestas traídas por el delegado del gobierno. Hemos analizado los pormenores de esta misión diplomática en otro trabajo²² pero nos interesa aquí detenernos en dos puntos. En primer lugar, la fuente presenta por primera vez, un panorama bastante amplio de los caciques ranqueles dispuestos a realizar las paces con el gobierno debido al temor que les originaba la presencia de caciques chilenos en su territorio. Entre éstos se identifican a Lienan, Carripilum, Nicolás Quintana, Curritipay, Quinchun, Millaan, Flumiguan y Neguelche. No es mucho lo que sabemos de ellos, pero al menos podemos identificar a Lienan como un jefe que muestra relaciones previas con algunos vecinos de la campaña bonaerense. En el caso de Carripilum, sabemos que había firmado en 1799 un acuerdo de paz con el comandante de la frontera de Mendoza, José de Amigorena en el marco del cual, fue nombrado por las autoridades coloniales “ca-

19 Raúl Fradkin y Silvia Ratto, “Territorios en disputa...”, pp. 54-55.

20 “El Director Supremo de las Provincias-Unidas en Sudamerica a los señores caciques y a todos los habitantes al sud de este continente”, en *Revista de Buenos Aires*, volumen 5, Buenos Aires, 1894, p. 134-135.

21 “Diario del viaje al parlamento de indios ranqueles realizado por Chiclana y su segundo D. Santiago Lacasa”, en *Revista de la Biblioteca Nacional*. Tomo XIII, No. 35. Buenos Aires, 1945.

22 Silvia Ratto, “Estado, vecinos e indígenas...”

cique gobernador y principal caudillo de la nación ranquelche”.²³ A fines de la década de 1810 mantenía una relación pacífica con las poblaciones de Córdoba alertando a las autoridades de campaña sobre posibles incursiones.²⁴ Con respecto a Quintana, conocemos a un “ciudadano Don Santiago Quintana de la Vega, cacique de todas las tribus del Sur” que realizó un pacto con el gobierno de Córdoba en 1815.²⁵ Si bien en estas negociaciones el Quintana que se menciona es Nicolás, dos años después se agrega Santiago quien vuelve a ser nombrado como un cacique principal. A modo de hipótesis, podría pensarse que Nicolás y Santiago estaban emparentados. Lo que sí parece claro es que jefes indígenas que previamente mantenían una relación más directa con las provincias del norte (Mendoza y Córdoba), giraron su atención –y tal vez su lugar de asentamiento– hacia el este, posiblemente presionados por los grupos que provenían del otro lado de la cordillera y, por ese motivo, también buscaron la protección del gobierno bonaerense.

En segundo lugar, cabe señalar que fue sumamente llamativo para Chiclana, la presencia de quien denominó “un tal Don Tomás Bernal” que tomó la palabra en el parlamento solicitando ayuda militar para los caciques que se veían amenazados por las fuerzas del chileno Pablo Levnopán. Chiclana desconocía a este personaje y trató de obtener información sobre su existencia en las *tolderías*; los informes vinculaban a Bernal a un proyecto de invasión sobre los establecimientos rurales de Pergamino, Melincué y Rojas con fuerzas conjuntas indígenas y otras aportadas por él mismo, a las que el delegado directorial designó como “*montoneros*’ enemigos de Buenos Aires”.

Si estos datos nos llevarían a pensar que Bernal mantuvo su plan de obtener ayuda indígena para accionar contra Buenos Aires, hay un dato que complejiza la explicación sobre su presencia en las *tolderías*. En julio de 1818, la sublevación del regimiento de Dragones llevó al gobierno de Santa Fe a Estanislao López. Este cambio de liderazgos derivó en un reacomodamiento de las alianzas santafesinas dentro de las cuales, Tomás Bernal fue desplazado de la comandancia de Rosario lo que decidió su pase a las fuerzas directoriales que lo designaron al frente de cuerpo de Decididos.²⁶

Volviendo al curso de las negociaciones con los ranqueles, pocos días después del parlamento de Chiclana, el comandante Perdrriel informaba al Director que Bernal había arribado a Rojas con el casique Lenal (¿Lienan?) “habiendo en su viaje llegado

23 Florencia Roulet, “Guerra y diplomacia en la frontera de Mendoza: la política indígena del Comandante José Francisco de Amigorena (1779-1799)”, en Lidia Nacuzzi (ed.), *Funcionarios, diplomáticos, guerreros: miradas hacia el otro en las Fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, pp. 65-117.

24 Héctor Lobos, *La frontera sur de Córdoba 1810-1826*, Junta Provincial de Historia de Córdoba, Córdoba 1979.

25 Martha Bechis, “De hermanos a enemigos...”, p. 91.

26 Raúl Fradkin y Silvia Ratto, “Territorios en disputa...”, p. 49.

hasta las tolderías del Río Cuarto y parlamentado con los caciques Carripilum, Payaran, Quirupan” y otros. Al presentarse ante Perdriel, Bernal “dice que no tiene novedad sin que exprese el motivo de su ida ni las negociaciones que le hubiesen obligado hacer su viage, solo si que *aguarda en la expresada Estancia las ordenes que tenga a bien comunicarle*”.²⁷ Y en septiembre del año siguiente, el coronel Manuel Dorrego lo nombraba al frente de partidas que controlaban el movimiento de fuerzas santafesinas sobre la frontera.

Estos datos indicarían que luego de su pase a Buenos Aires, Bernal no habría intentado acciones en contra del gobierno. ¿Cómo explicar su presencia por territorio indígena y el pedido de ayuda militar para los caciques? En principio, la denuncia sobre la dirección de una montonera contraria a Buenos Aires no parecería sostenerse ante el hecho de que días después del parlamento, Bernal volvió a la campaña y se puso a disposición del Director Supremo. Creemos entonces que los vínculos interétnicos deben entenderse como la activación de alianzas “militares” personalizadas que podían cambiar de signo político según la coyuntura. Y es que a ambos lados de la frontera la existencia de liderazgos locales era un hecho: en el caso de los criollos por la dificultad de imponer autoridades centralizadas en un contexto de extrema conflictividad política; en el caso de los indígenas por las características propias de las estructuras políticas que se basaban en cacicazgos débiles basados en el prestigio de algunos líderes.²⁸ En ese sentido, las alianzas inter étnicas no respondían a motivaciones políticas definidas sino a las conveniencias mutuas en coyunturas muy particulares.

El 1 de febrero de 1820 se produjo un encuentro militar en Cepeda entre 2000 soldados nacionales y fuerzas muy inferiores de los caudillos del litoral y el 23 de febrero de 1820 se firmó el tratado del Pilar. La calma sin embargo fue efímera y en marzo la agitación política retornó a Buenos Aires. Simultáneamente, las autoridades de campaña informaban sobre la existencia de malones por la zona de Lobos, Lujan y Navarro.

Este último parece haber sido el partido más amenazado según las constantes alarmas que enviaba el alcalde Cayetano Flores al gobernador de la provincia. Los rumores sobre las fuerzas que estaban preparándose para atacar oscilaban entre 300 y 1000. Lo cierto es que el 26 de marzo se produjeron ataques por la zona aunque no se señala la amplitud de las pérdidas en ganado y hombres; solo se informaba que luego del ataque se detuvo a dos partidas indígenas que volvían de la capital –suponemos que transitando con fines de intercambio– pero habiéndoseles hecho cargo de los ro-

27 Salto, 16 de diciembre de 1819, en AGN, X, 11.3.3.

28 Aún cuando en los últimos años se han producido muchos trabajos que analizan algunos liderazgos indígenas en particular, sigue siendo un estudio de referencia para este tema Martha Bechis, “Los lideratos políticos en el área arauco-pampeana en el siglo XIX: autoridad o poder?” en *La etnohistoria en CD* Número especial de la revista Naya, Facultad de Filosofía y Letras, 1999.

bos se declararon inocentes. Flores decidió entonces enviar una comisión a los toldos formada por cuatro personas

“a saber: un vecino llamado Marcelino Gomez acostumbrado a ir a tratar con ellos y por sus muchos conocimientos y relaciones con varios casiques y parentela con ellos, mas otro christiano que va con ellos llamado Don Ildefonso Conejo, un lenguaraz llamado Jose Maria y un indio de la misma partida llamado Yanculado pariente del cacique de su toldería cituada en el rio de los Sauces”.²⁹

El parte es suficientemente claro en indicar la fluida relación –y en algunos casos incluso parentela– que existía entre vecinos de la campaña y tolderías fronterizas. Por eso llama la atención que los partes militares, en general, presenten la idea de un “indeterminado indígena” y luego son las acciones de los pobladores las que permiten una mayor distinción dentro del mundo indígena.

En Rojas, Pergamino y la Guardia de Lujan, la situación de alarma era similar y, en todos los casos se repetía el mismo pedido: mayores efectivos para la defensa o, al menos, armas y municiones para el vecindario.³⁰ El reclamo no era ocioso ya que en febrero de ese año Saavedra informaba que las guardias de Areco, Salto y Lujan tenían “solo 20 o 30 milicianos”.³¹

Con la excepción de un solo parte que señalaba la participación del “cacique Bolito” en las incursiones, el resto de los informes no mencionaban qué agrupaciones indígenas habían promovido los robos. Sólo aquellos vecinos que tenían relaciones personales con algunas de ellas parecían tener más claro el panorama. Y fue nuevamente el vecino de Salto, Juan Francisco Ulloa quien apareció como un importante referente para arrojar luz sobre las relaciones en el mundo indígena. Suponemos que los ataques sobre la frontera llevaron al proyecto de encarar una entrada militar al territorio indígena porque Ulloa proponía que, de llevarse a cabo, se realizara antes un parlamento con los caciques de la costa de Guaminí

“para con el consentimiento de ellos poder castigar los culpados, pues *estos no son mas que dos* los quales están haciendo daños en esta Campaña q.e son *el caciq.e Quintileo y otro llamado Pablo* y como estos viven muy adentro no se pueden prehender sin el consentimiento de los demás en atención a remediar estos males he tomado providencias para castigar a dos Casiques, valiéndome de los Caciques Ranqueles *quienes están a mis órdenes con toda su fuerza, p.a cuyo efecto han mandado al Cacique Nicolás Quintana y al otro*

29 Todos los partes en AGN, X-11-7-3.

30 Los partes en AGN, X-11-9-1.

31 En Raúl Fradkin y Silvia Ratto, “Conflictividades superpuestas...”, p. 282.

Ilario: después de haberme convenido con estos tres, de matar a los sobredichos Casiques malos, y con esta fecha han marchado de este punto a convocar los demás Casiques q.e en su número deben ser diez y ocho de los principales”.³²

La relación de Ulloa no dejaba lugar a dudas sobre su conocimiento de las redes de relaciones en territorio indígena. Es probable que al gobierno no se le escapara la importancia de este personaje que parece haber pasado por alto la cadena de mandos dirigiéndose de manera directa al gobernador de la provincia. De eso se quejaba, al menos, el comandante del ejército en campaña, Miguel Soler, al elevar al gobernador su indignación al comprobar que Ulloa había acudido directamente al gobierno para el envío de pertrechos destinados a la defensa y no lo había hecho por intermedio suyo. Una tensión similar parecía desarrollarse en lo relativo a la relación con los caciques al reclamar el envío de unos oficios que trataban sobre negociación con los indígenas los que, aparentemente, fueron a la capital y no se remitieron al cuartel general.³³ Al igual que Chiclana, Soler no había tenido ningún contacto con los indígenas hasta ese momento y llama la atención que las negociaciones que realizó para el rescate de cautivos tomados en las incursiones de ese año lo hayan conectado con aquellos que Ulloa señalaba como enemigos: Pablo y Quinteleo. Según Soler las negociaciones fueron exitosas y, para continuar con las mismas pedía el envío del lenguaraz Manuel “que vive dos cuadras de Lorea para adentro en ese ciudad... a la brevedad posible”.³⁴

Mientras esto sucedía en el norte de la provincia, el sur, que hasta el momento se había mantenido en una relativa calma, comenzó a verse inquietado por rumores de invasiones indígenas. Y, también de manera similar, mientras algunas autoridades mencionaban el ataque de “indios” sin poder determinar su procedencia, el vecino Francisco Ramos Mejía conocido por su trato con los indios pampas³⁵ consideraba que los posibles autores eran indios ranqueles que realizaban sus incursiones sobre el sur de la provincia “en cuyo intermedio territorial se hallaban los pampas de Chapaleufú de cuya fraternidad y buena amistad estaba tan seguro que se atrevía a garantizar su buena comportación”.³⁶

El inicio de la conflictividad fronteriza en el sur de la provincia provocaría un giro en la atención del gobierno a esa parte de la campaña; la situación se haría más

32 Parte de Ulloa desde la frontera del Salado, 28 de marzo de 1820, en AGN, X-11-7-3.

33 Soler al gobernador, Luján, 16 de abril de 1820, en AGN, X, 11.7.3

34 Soler al gobernador, Luján 20 de abril de 1820. Como se sabe el 23 de junio de ese año Soler asumió la gobernación de la provincia desapareciendo, en consecuencia, de las negociaciones interétnicas.

35 Para un panorama muy general sobre la procedencia y ubicación de los indios llamados “pampas” ver Meinrado Hux, *Caciques puelches, pampas y serranos*, Marymar, Buenos Aires, 1992 y Alberto Sarramone, *Catriel y los indios pampas*, Biblos, Azul, 1994.

36 Parte de Francisco Ramos Mejía desde la estancia Miraflores, 7 de mayo de 1820, en AGN, X-11-9-1.

evidente cuando el conflicto civil llegara a su fin y los esfuerzos se concentraran en la protección y expansión de la frontera sur.

“La Campaña del Sud, única que tenemos y con la que debemos contar en el día”³⁷

En agosto de 1820 los enfrentamientos civiles se renovaron. Las fuerzas bonaerenses, a cargo del gobernador Dorrego enfrentaron y expulsaron a López, Alvear y Carrera de Morón, San Nicolás y Pergamino sucesivamente. En este contexto, y con el objetivo de controlar la frontera noroeste de la provincia, el vecino Ulloa volvió a cobrar especial relevancia ya que el gobierno le encomendó la reanudación de los contactos diplomáticos para obtener la mayor información posible sobre lo que estaba sucediendo en territorio indígena. Según los informes de Ulloa los caciques hostiles seguían siendo Quintileo y Pablo pero podía contarse con la alianza de Nicolás Quintana quien a su vez ofrecía la colaboración de 18 jefes indios.

Luego de la derrota de Pavón, en el mes de septiembre, López y Carrera abandonaron el territorio bonaerense. Poco después, el encuentro en el Gamonal invertiría la relación de fuerzas. El exitoso resultado llevó a López a cesar las hostilidades y pactar con Buenos Aires abandonando la alianza con Carrera. En carta del 25 de noviembre, el gobernador de Santa Fe le informaba a Martín Rodríguez que Carrera se había dirigido hacia Melincué con más de 100 soldados chilenos y cerca de 40 indios.³⁸ El oficial chileno, abandonado por sus aliados, estaba preparando su retirada hacia la cordillera. Para eso era necesario obtener recursos que le posibilitaran el tránsito por las pampas y la alianza con indígenas con quienes realizar incursiones sobre establecimientos rurales parecía ser una estrategia posible. Los primeros días de diciembre, en un campamento móvil ubicado en las cercanías de Rosario, organizó un parlamento con 14 capitanejos que respondían a Pablo Levnopan quien le ofreció protección en su tránsito por territorio indígena y el auxilio del número de indios que necesitara para atacar la frontera. El nexa usado por Carrera para convencer a los indígenas era el lenguaraz José Bielma, natural de Chillan, de reconocida filiación realista que se convirtió a partir de entonces en el portavoz de Carrera.³⁹ Bielma tenía sus propios móviles para esta alianza según informaba un lenguaraz llegado de los toldos para quien “todo el empeño que hace Bielma es por que le mataron a su hijo cuando fue Ollua y los hijos del finado Bernal contra la montonera.”⁴⁰

37 José Zenón Videla a Eustaquio Diaz Velez, Buenos Aires, 7 de enero de 1820, en AGN, X, 11.8.9.

38 Estanislao López a Martín Rodríguez, Capilla del Rosario, 25 de noviembre de 1820

39 Beatriz Bragoni, *José Miguel Carrera...*, cit., p. 253 y William Yates, *Jose Miguel Carrera 1820-1821*, Traducción, prólogo y notas de Jose Luis Busaniche, Ediciones Argentinas, Solar, Buenos Aires, 1941.

40 Parte del 15 de noviembre de 1820, en AGN, X, 11.9.1.

En la madrugada del 2 de diciembre se produjo la proyectada invasión sobre el pueblo de Salto que quedó en la memoria de sus habitantes por la cantidad de pérdidas materiales y humanas a más que cautivas. Al regresar de la incursión, Carrera por intermedio de Bielma, intentó convencer a los caciques de devolver las cautivas. Pero los caciques

“no estuvieron de acuerdo porque ese principio chocaba con lo más íntimo de sus hábitos guerreros y afectaba al concepto que ellos tienen de la honra. En efecto, el honor y los prestigios de un indio se juzgan por el sequito de sus cautivos. Exterminan a los hombres y si no se apoderan de las mujeres y niños aparecen sin cautivos y se resienten mucho sus prestigios... Y si algún jefe por muy popular que fuera, tratara de hacer la guerra privándolos de ese derecho, nadie le acompañaría”.⁴¹

En esta descripción de Yates se haría evidente la dificultad por consensuar una forma de proceder en las incursiones mixtas entre las fuerzas de Carrera y los indígenas. Para el oficial chileno la toma de cautivos significaba un exceso y una práctica inhumana; para los segundos formaba parte integrante de las empresas maloneras que buscaban adquirir recursos dentro de los que se incluía tanto el ganado como las personas.⁴²

El “botín” obtenido en el malón se integró rápidamente a las redes de intercambio indígenas y criollas. Desde Arrecifes, el delegado directorial informaba el 2 de febrero que vecinos de Baradero y San Pedro habían comprado algunos de esos bienes y ordenaba que “cuando haya un alcalde obligue a los compradores a devolverlos y que aun cuando los ladrones sean de otra jurisdicción se los persiga”.⁴³

Como respuesta a los ataques, el gobernador de la provincia, Martín Rodríguez, planeó la que sería la primera de sus tres expediciones al sur con el objetivo de castigar a los invasores. La decisión de actuar sobre el sur de la provincia se justificaba en que si bien el gobernador reconocía que Carrera había sido el autor del ataque, estaba convencido que había recibido la ayuda de parcialidades indígenas del sur.⁴⁴ No era de la misma opinión Juan Manuel de Rosas quien, como comandante del regimiento 5 de milicias de caballería fue convocado para formar parte de la expedición. Desde muy temprano, Rosas expresaría su oposición a la expedición de Rodríguez hacia el sur de la provincia donde, a su entender, vivían grupos indígenas que no habían

41 Willian Yates, *José Miguel Carrera...*, cit., p. 215.

42 Esta divergencia en las tácticas guerreras entre ranqueles y Carrera había sido advertida por Martha Bechis en “Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX”, en Goldman y Salvatore (comp), *Caudillismos rioplatenses...* cit.

43 Parte de Saavedra al gobierno, 2 de febrero de 1821, en AGN,X-12-4-3.

44 Gaceta 6 de diciembre de 1820.

tenido nada que ver con las acciones de Salto y con quienes era fundamental mantener relaciones cordiales si se quería llevar a adelante la política de avance territorial. Según el estanciero

“He hecho seguir muy lejos el rastro de los indios y por los rumbos que conozco me afirmo en que no son pampas y si ranqueles los que han invadido y robado nuestras fronteras. Por ello es que clamo al cielo por que nuestras operaciones militares no alcancen a ofender a los pampas a quienes debemos buscar por amigos y protegerlos como tales.”⁴⁵

A las expresiones de Ramos Mejía y de Rosas sobre la no participación de los indios pampas en los ataques a la frontera se agregó el informe elevado por el vecino Pablo Gerez, enviado a los toldos pampas luego del malón de Salto. Gerez informaba que en el parlamento mantenido con los caciques, Pichiloncoy le ofreció ayuda militar de “todos los indios de su mando” pero que, al confrontarlo con los otros jefes, el cacique Cachul se opuso

“y logró echar por tierra los planes de Pichiloncoy y sus socios, alegando q.e como jamás se había acostumbrado q.e ellos se uniesen con nosotros p.a invadir a los de su esfera no debían prestarse ahora a lo que ofertaba Pichiloncoy y los demás, y solo si auxiliar nuestras tropas con caballada y carnes, y q.e estas fuesen a pelear con los q.e les hubiesen hecho los daños”.⁴⁶

A través de “indios de su confianza” el comisionado pudo averiguar que esa oposición de Cachul se debía a que alguna de su gente estaba comprendida en los hechos de Lobos y Navarro y que había recibido un chasque de Carrera que le proponía asaltar la frontera. Por el contrario, el cacique Catriel comprometió su ayuda para la guerra con los ranqueles actitud que mereció el comentario de Gerez de que “estoy persuadido q.e V.E. puede contar con q.e este es el único indio en quien residen sentimientos nobles”. Y agregaba que no confiaba en la buena fe expresada por el cacique Ancafilú “aunque Domingo Lora que se haya en comisión [en sus toldos] asegure su amistad”.⁴⁷

45 Citado en *Política seguida con el aborígen*, Aires, Comando General del Ejército, 1973, Tomo 3, p. 350.

46 Citado en *Política...*, cit.

47 Parte desde la guardia de Ranchos, 26 de diciembre de 1820, en AGN, X-11-9-1. Al igual que en la frontera norte, se hacen muy evidentes en estos parlamentos los lazos personales que existían entre vecinos criollos e indios fronterizos a la vez que los alcances limitados de éstos debido al recortado poder de los caciques que no podían extender su influencia más allá de sus propios indígenas. El resumen de situación que hacía Gerez es una muestra clara de algo que vemos repetirse en cada encuentro. El mismo tenía “indios de confianza” entre los toldos y sus propias opiniones sobre la amistad y/o

Resumiendo, a fines del año 1820, varios pobladores del sur de la provincia, que mostraban claramente su conocimiento sobre la situación indígena coincidieron en que los indios pampas no eran un peligro para la seguridad de la frontera. A pesar de ello, el gobierno provincial decidió concentrar sus miras en ese sector y realizar una campaña militar si no de castigo, al menos de demostración de fuerzas militares. Insistimos en este punto en plantear que a partir de la década de 1820, el sur provincial comenzó a ser el espacio más beneficiado por las políticas del gobierno en tanto el norte dejó de ser una prioridad. Este giro hacia el sur se hizo más evidente al finalizar el conflicto civil. Pero, paralelamente a la relajación de la tensión “criolla”, la situación en el espacio indígena se hizo más tensa provocando un renovado intento de los ranqueles por ajustar paces con el gobierno.

El informe de Gerez también agregaba datos sobre algunos caciques ranqueles que parecerían haberse acercado al lugar del parlamento. Así, Quintulef había llevado para rescatar una cautiva y dos niñas que habían sido tomadas en un ataque sobre Navarro aunque aseguraba que “no ha tomado parte en las insurrecciones” a la vez que informaba que “se había suscitado discordia sobre el botín entre los q.e nos han invadido, de donde provino q.e muchos de ellos murieron en la contienda.” Luego del malón a Salto, la relación entre Carrera y el cacique Pablo comenzó a resquebrajarse. El oficial chileno, distanciado de sus aliados indígenas decidió alejarse hacia la provincia de San Luis pero antes de abandonar el territorio, fuerzas mixtas del militar chileno cayeron sobre las tolderías de los caciques Nicolás Quintana y Neicu (distantes unas 30 leguas unas de otras).⁴⁸ El ataque diezmo los recursos de algunos grupos ranqueles lo que los llevó a insistir en la necesidad de acordar una alianza defensiva con el gobierno de Buenos Aires. Para seducir a éste, se ofreció una ayuda militar para incorporarse a la expedición que, a inicios del año 1821 llevaría a cabo el gobernador de la provincia. La oferta del cacique Nicolás Quintana sobre auxilio de tropa fue transmitida a Rodríguez en momentos en que éste se hallaba haciendo los aprestos para comenzar la expedición militar. El gobernador contestó aceptando el ofrecimiento y ordenando iniciar los arreglos correspondientes.⁴⁹

El cacique Quintana, que parecía representar a varios jefes ranqueles le aseguraba a Rodríguez que podía contar con la participación de 14 caciques “fuera de otros nuevos q.e yo no conozco pero p.r amistad de mis amigos tambien pueden venir”.⁵⁰

enemistad de algunos caciques. Cabría preguntarse cuál sería la imagen brindada por Domingo Lora luego de su comisión en los toldos de Ancafilú.

48 En carta a Martín Rodríguez, el cacique Quintana relataba que “Hoy hace 9 días me avanzaron los Indios montoneros y me robaron toda mi Hacienda: es decir, toda mi Caballada, Yeguada, un Esclavo y Estribos de plata y ropa”, 18 de diciembre de 1820 en AGN, X, 11.9.1.

49 AGN, VII, 1041 (Archivo Biedma).

50 Carta de Nicolás Quintana a Martín Rodríguez, 18 de diciembre de 1820, en AGN, X, 11.9.1.

Para terminar de ajustar las condiciones del auxilio militar, Quintana proponía que, “Como los Casiques unidos quieren tanto a Ulloa me parece conveniente q.e se los mandes p.a q.e nadie tenga queja y deje de servirnos”. El pedido expreso de Ulloa, además de mostrar el claro vínculo que ya existía, parece haber tenido la intención de disuadir el envío de otro representante del gobierno. Esto parecería traslucirse del último comentario de la carta de Quintana que expresa haber “tenido ocasión de escribirte por haberse venido D Matías Gutiérrez *de comedimiento* con el comandante del Salto que vino con tu carta”.⁵¹

La carta en cuestión era el agradecimiento formal de Rodríguez por la ayuda propuesta que, habiendo llegado a Salto, debía ser leída en los toldos ranqueles. Pero el comandante interino, José León Charras, no sabía leer y el vecino Matías Gutiérrez se ofreció a acompañarlo y transmitirla a los indios.⁵² A pesar del pedido expreso de Quintana, Ulloa no pudo mediar en las negociaciones desde el inicio ya que en los primeros días de enero había sido notificado de la orden del gobierno para que se incorporara al ejército expedicionario de Rodríguez. Ulloa desobedecería en dos oportunidades dicha disposición. En la primera, se presentó al comandante del fuerte de Chascomús pero al saber que el gobernador ya se había internado en territorio indígena “se detuvo en el punto tanto por no saber el paradero del ejercito como *para restablecer su salud*”.⁵³ La capacidad de recuperación de Ulloa debió haber sido muy rápida ya que en la madrugada siguiente se encontraba nuevamente en Salto. Su desobediencia derivó en una orden dirigida al comandante de Salto para que a su llegada al punto fuera apresado y enviado a Buenos Aires. Ulloa repetiría una escena similar. Luego de haberse presentado de manera espontánea y haber aceptado su prisión en la misma casa del comandante, huyó durante la noche. Pero esta vez se encontraba en sus pagos y contó con la ayuda de sus amigos. El comandante informaba que no había logrado obtener información sobre su paradero y “*las repetidas recomendaciones del cura y vecinos que vinieron de esa con respecto a la onradez e inocensia de Ollua me han hecho sufrir este disgusto*”. Ante esta evidencia el gobierno ordeno la libertad de Ulloa y de los bienes que el comandante le había embargado.⁵⁴

De manera que las negociaciones con el cacique Quintana fueron iniciadas por el comandante Charras y el vecino Matías Gutiérrez quien emprendió su viaje a las tolderías ubicadas en la “punta de Ranquilco” en enero de 1821 y en ella participaron como principales, los jefes Santiago (quien según Gutiérrez hablaba en correcto español y “si no es el mas poderoso [cacique] es uno de los principales”) y Nicolás Quintana. Luego de acordar con el cacique Quintana la ayuda prometida, el cacique le solicitó un plazo de 5 días para convocar al resto de los jefes y plegarse a Hortiguera.

51 Carta de Nicolás Quintana a Martín Rodríguez, 18 de diciembre de 1820, en AGN, X, 11.9.1.

52 AGN, VII, 1041(Archivo Biedma).

53 AGN, VII, 1041(Archivo Biedma).

54 AGN, VII, 1041(Archivo Biedma).

Pero el día del encuentro llegó y el refuerzo indígena no se encontraba en el lugar concertado. Según el cacique, al enviar a sus chasques para convocar a los jefes aliados había sido informado que el lenguaraz Dionisio Morales, se hallaba en las tolderías de Curritipay negociando la devolución de las cautivas que se habían tomado en un asalto a Rojas. La aparición de Morales en dichas tolderías produjo entre los indios de Quintana el temor de que se estuviera realizando una alianza para enfrenarlos; a eso se agregaba el rumor de que unos indios chilenos, recién arribados, iban a atacar sus tolderías. Ambas circunstancias habían decidido a los caciques aliados a permanecer en sus toldos. Quintana se disculpó con el gobierno por este fallido auxilio quien contestó aceptando las disculpas y ratificando su amistad.

Morales volvía a realizar un juego bastante autónomo al encontrarse en las tolderías donde parecía estar negociando por su cuenta la entrega de cautivas. Por segunda vez, el gobierno dispuso su detención y envió a Buenos Aires. Pero cuando el orden llegó a Salto, el delegado directorial, Cornelio Saavedra, informó que Morales ya había regresado de los toldos y se había presentado en la guardia de Pergamino acompañando a chasques del cacique Lienan con el objeto de iniciar tratativas de paz. En la entrevista que sostuvieron los enviados de Lienan con Saavedra y el coronel Manuel Guillermo Pintos (al mando de una división volante en Salto) el 29 de enero, los chasques expresaron que

“Morales con el mayor empeño y firmeza les había persuadido [de abandonar la alianza con Carrera SR] sosteniendo que el Gobierno solo deseaba establecer una paz firme con todos los indios; que les hacía ver y conocer que Carrera y los que los seducían solo obraban por sus fines particulares pretendiendo servirse de ellos como instrumentos para sus venganzas; que al fin no podría durar mucho en los campos y se había de ir a Chile dejándolos a ellos envueltos en una guerra cruel y desastrosa sin poderles después servir de nada”.⁵⁵

Según esta declaración, Morales cobraba importancia, entre estos indígenas, como mediador para un acuerdo de paces. Por tal motivo se decidió dejar sin efecto la orden de captura que había sido emitida por el gobierno.⁵⁶ El interés —y necesidad— de los indígenas por acercarse al gobierno era extrema ante el peligro de nuevos ataques por parte de Carrera y sus aliados indígenas. El cacique Curritipay, en señal de buena fe llegó a solicitar “que el Gobierno lo indulte y perdone” el delito de haber atacado la guardia de Rojas en tiempos pasados comprometiéndose a devolver las cautivas tomadas.⁵⁷ Saavedra aceptó el ofrecimiento de paz de los caciques a condición de que se cumplieran dos puntos: la entrega de las cautivas tomadas en las invasiones a la

55 Parte de Saavedra, Arrecifes, 27 de enero de 1821, en AGN, X, 12.4.3.

56 Parte de Saavedra, Arrecifes, 27 de enero de 1821, en AGN, X, 12.4.3.

57 Parte de Saavedra, Arrecifes, 1 de febrero de 1821, en AGN, X, 12.4.3.

frontera y la total separación de Carrera. Los indios accedieron a ambas pretensiones solicitando el envío de testigos a los toldos para verificar la entrega de los cautivos. Para tal misión se envió “a los paisanos D. Martín Juan Quiroga y D. Juan Francisco Ulloa, hombres íntimamente relacionados con los indios [que] se prestaron a hacer este servicio”.⁵⁸

El envío de estos comisionados derivó, hacia febrero de 1821, en la existencia de dos misiones paralelas que no tendrían demasiado acuerdo entre ellas. Por un lado, el vecino Matías Gutiérrez en los toldos de Quintana y por otro, los enviados Quiroga y Ulloa tratando el rescate de cautivas en las tolderías de Currutipay, Lienan, Guaychul y Currutipay en Mari Mamuel posición que, con respecto a las tolderías anteriores se hallaba “más afuera pero tirando al centro de la indiada”.⁵⁹ De manera que nos encontramos con los mismos jefes que pocos años atrás se hallaban parlamentando con Chiclana pero que, en ese momento, había decidido realizar negociaciones en forma separada.

La abundante correspondencia que a partir de entonces arriba a la frontera precedente de estos dos puntos y las escuetas respuestas oficiales a la misma confirman la imagen de un gobierno como un pasivo espectador que recibe las noticias de los sujetos involucrados y se limita a aprobar lo actuado u ordenar algunas acciones que a veces, no eran tomadas en cuenta.

El mantenimiento de esta duplicidad diplomática a la vez que produjo rivalidad entre los comisionados en torno a monopolizar los contactos diplomáticos, derivó asimismo en conflictos similares entre los caciques ranqueles. En el primer parlamento realizado por Gutiérrez habían participado cuatro caciques y “ciento y más indios”. En el mismo se había acordado realizar un nuevo encuentro la semana siguiente en las tolderías del cacique Currutipay “a quien da por cierto Santiago [Quintana] de poderlo sacar de la amistad de Carrera y tratar de la captura de este”. Este compromiso de Quintana lo ponía en una posición de privilegio en la relación con el gobierno ya que se presentaba como el principal interlocutor que, a su vez, intentaría captar a otros jefes para la alianza. Entre éstos se encontraban también “Los caciques de Guaminí que es donde ha parado Carrera” y con quienes según Gutiérrez “ya hay algo adelantado y todo bien dispuesto al parecer a no ser que por algun otro movimiento se descomponga”.⁶⁰

Pero este papel central de Santiago Quintana se vio frustrado cuando, paralelamente, Lienan, Guaychul y Currutipay iniciaron sus propias negociaciones. Ante la negativa del otro grupo de unirse en estos parlamentos Santiago y Nicolás le dijeron a Gutiérrez que “no quieren nada con [el lenguaraz Dionisio] Morales [que integraba la

58 Todas las actuaciones de Saavedra en AGN, X, 12.4.3.

59 Carta de Martín Quiroga, 12 de marzo de 1821, en AGN, VII, 1041.

60 Carta de Matías Gutiérrez al gobierno. Punto de Ranquílco, 21 de enero de 1821, en AGN, X, 12.5.6.

otra comision] ni con el otro cacique porque estos han contado que bienen a tratar de paz y de todo cuando ya Nicolás y Santiago todo lo tienen allanado”. Poco después, la reacción de Nicolás fue mucho más enfurecida explicando al comisionado que “... yo ya no quiero nada y en mandando algún chasque he de mandar cuantos papeles me han mandado por que no quiero ser cacique ya”.⁶¹

Gutiérrez intentó calmar los ánimos de los jefes desnudando la verdadera preocupación de éstos ya que les aseguró que “ellos siempre han de tener su lugar preferente por haber trabajado en sugetar y persuadir a todos desde los tiempos criticos y ardientes en pro del Montonero [Carrera] y que sigan en ejercicio en favor de Buenos Aires porque el gobierno no se los ha quitado”.⁶²

En esta tensión entre las dos comisiones se jugaba algo más que la prioridad en iniciarlas o en dirigir los contactos. Para Gutiérrez, la buena disposición de los caciques en avanzar en las negociaciones derivaba de la suma pobreza en que se encontraban.

“Antes no han sido tan pobres como ahora ... siendo la razon de esto el que antes todos los campos estaban cubiertos de yegudas cimarronas y de ahí comian y hacian caballos y bendian porque si hoy daban 100 mañana salian a correr y los reponian o excedian, pero en el dia se zurcan campañas enteras y no se encuentra una bestia y de aquí la necesidad que tienen del trato y amistad por cuya razón para conseguirlo ellos deben interesarse con mayor modo y pasar por todo en esta vez”.⁶³

En esas condiciones de penuria económica, la alianza con el gobierno implicaba para los indígenas la expansión de los intercambios comerciales y la percepción de los obsequios que siempre acompañaban las negociaciones lo que redundaría en cierto alivio económico.

Esta comunicación fechada el 27 de febrero fue la última de Gutiérrez. A partir de entonces, Quiroga y Ulloa llevaron adelante las negociaciones de paz con ambos grupos.⁶⁴ Los pedidos concretos de auxilio militar por parte de los caciques recibirían

61 Carta de Matías Gutiérrez al gobierno. Punto de Ranquicó, 21 de enero de 1821, en AGN, X, 12.5.6. (subrayado en el documento).

62 Carta de Matías Gutiérrez al gobierno. Punto de Ranquicó, 27 de febrero de 1821, en AGN, X, 12.5.6.

63 Carta de Matías Gutiérrez al gobierno. Punto de Ranquicó, 27 de febrero de 1821, en AGN, X, 12.5.6.

64 El 5 de marzo de 1821 el comisionado Ulloa notificaba al gobierno sobre un parlamento que había congregado en forma unida a “todos los caciques de este continente” entre los que se contaron Nicolás Quintana, Lienan, Payllaquin, Millan, Guaychul, Yanquelen, Cuel, Nahuelchu, Millaqueo, Millanamun, Emiquan, Quincham. Y tres caciques “de los alzados ... que recién entran en el gremio”, Curritipay, Ranquel y Quilapay, en AGN, X, 12.5.6.

solamente expresiones de buena fe por parte del gobierno reflejando un escaso interés del mismo por avanzar diplomáticamente en pos de un acuerdo definitivo.⁶⁵

En el parlamento unificado volvió a ser evidente la penuria económica de los ranqueles al tratarse sobre el rescate de cautivos. El cacique Curritipay accedía a entregar las cautivas que existían en sus tolderías si el gobierno se comprometía a pagar por ellas la suma de “9000 pesos, 400 yeguas, 4 tercios de yerba, 20 sacos de tabaco, casacas y algunas camisas”. Y solo “...luego que el Gobierno les diese [el rescate] y entonces quebrarían sus chuzas y las enterrarían para no alzar mas armas contra la Provincia y que solo ayudarian con los demas caciques amigos a la defensa de Buenos Aires y tratarían de atraer a los demas a la paz”.⁶⁶

Pero el gobierno, concentrado en los asuntos de la frontera sur, no parecía estar apurado en resolver este tema. Luego de 13 días contestaba al comisionado que “está pronto a obsequiar a los caciques con dinero siempre que atacando al cacique Pablo lo obliguen a hacer la paz y en prueba del afecto que como paisanos les tiene les remite para cuatro caciques cuatro ponchos de paño grana”.⁶⁷

Ante la apatía del gobierno, las negociaciones se fueron diluyendo. Sin embargo, los intentos por concertar paces se mantuvieron en el año 1821 involucrando otros personajes y cruzando los límites provinciales. A inicios de junio de 1821 el gobernador de Santa Fe se comunicó con su “estimado amigo y paisano” el lenguaraz Dionisio Morales, avisándole que había derrotado a Ramírez y temía que intentara reunirse con Carrera. Para evitar la reorganización de las fuerzas enemigas le pedía a Morales que se trasladara a las tolderías para alertar a los caciques aliados. El comandante de Pergamino, solicitó y obtuvo la autorización del gobierno para que Morales pudiera internarse hacia los toldos pues “es sumamente amado de los dos caciques Leynan y Guaichu”. En esta oportunidad, un nuevo personaje se integraría a esta negociaciones. El cura de Pergamino Fray Ramón González escribió al gobernador ofreciendo sus servicios debido a que “creo que ganaríamos mucho con que V.E. me permita llamar a Leynan que es íntimo amigo mio para tratar con él y todo cuanto resulte poner yo en su conocimiento yo sino fuera el estar con el curato iría también a los toldos” y proponía también utilizar el fondo de redención de cautivos que se hallaba en su convento ya que “en que ocasión mejor se podría invertir sino en este”. El gobierno aceptaría la oferta.⁶⁸

En septiembre de 1821 hallamos los últimos rastros de estas negociaciones que parecen haber naufragado, nuevamente, por la desatención del gobierno. Morales, junto al cacique Lienan, regresaba a Pergamino donde esperaban la llegada de Gua-

65 Parte de Martín Quiroga, Kaquel –quehua, 12 de marzo de 1821, en AGN, X, 12.4.3.

66 Parte de Martín Quiroga desde los toldos, 12 de marzo de 1821, en AGN, X, 12.4.3.

67 Todas las actuaciones mencionadas en la descripción de estas misiones paralelas se encuentran en AGN, X, 12.4.2.

68 Fray Ramón Gutierrez a Martín Rodríguez, sin fecha ni lugar, en AGN, X-12-4-3.

ychul para realizar un parlamento. Pocos días antes Ulloa abandonaba las tolderías “con toda la gente que lo acompañaba y quince cautivas rescatadas después de haber entregado lo que el gobierno mando a los caciques”.⁶⁹ El comisionado informaba que el conflicto con el cacique Pablo no solo no se había resuelto sino que parecía haber llegado a un punto crítico siendo vital el auxilio militar del gobierno para resolver en conflicto. Pero éste nunca llegaría y las negociaciones con los indígenas cercanos a la parte norte de la provincia se suspenderían y no volverían a intentarse hasta mucho después.

Este largo relato de los contactos diplomáticos realizados tuvo el objetivo de mostrar que, mientras ranqueles y vecinos de la campaña mostraban un claro y activo interés de consolidar la alianza, el gobierno se limitaba a recibir las notificaciones y acordar las bases de negociación pero sin decidirse a invertir recursos en el norte. Y era sabido que cualquier pacto que no tuviera una “base material” sobre la que asentarse, estaba condenada al fracaso.⁷⁰ Esta idea es claramente planteada por Martha Bechis en el sentido de que, para las sociedades indígenas no estatales, los obsequios “son más constitutivos de una relación que las palabras y... que las firmas en los oficios intercambiados” formando parte de la “básica trilogía con la que se construyen las relaciones políticas –como distintas a las de parentesco– en una sociedad no estatal: la obligación de dar, la de recibir y la de retribuir”.⁷¹ En esta estructura, una persona estaba obligada a aceptar el obsequio que se le daba lo cual, a su vez, lo comprometía a devolver, en algún momento, otro bien en retribución. De esta manera se creaba un círculo de dones y contradones generando relaciones personales constantemente deudoras unas de otras.

Pero no solo faltaban recursos para la relación diplomática, las fuerzas militares para la defensa fronteriza seguían siendo exiguas y las quejas de los vecinos sobre el estado de desamparo en que se hallaban se multiplicaban. En el diario *El Patriota*, “Un vecino de Salto” criticaba al gobierno por centrar su atención en el extremo sur de la provincia cuando las incursiones indígenas se hacían sentir en toda la campaña por lo cual, los vecinos del norte tenían una fuerte sensación de desprotección. El lector expresaba que las guardias eran abandonadas y estaban expuestas al asalto de los indios sin defensa alguna y concluía que en las últimas reuniones de hacendados, los

69 Parte de Ulloa, Salto, 15 de septiembre de 1821, en AGN, X-12-4-3.

70 Tomamos la expresión de White quien con ese término se refería al flujo de obsequios que sostenía la relación diplomática entre pueblos nativos y autoridades francesas en la región de los Grandes Lagos. Richard White, *The Middle Ground. Indians, Empires, & Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*. Cambridge University Press, 1991.

71 Martha Bechis, “Estructuras y procesos políticos de la agrupación borogana pampeana en un documento inédito de 1830”, en *Cuadernos de Historia Regional* No. 19, Universidad Nacional de Luján, 1996 y “Cuando los regalos no llegan, los jefes se ponen verdes: política y regalo entre caciques de las pampas en una Junta General de 1830 descrita por participantes”, en *Cuadernos del Sur*. No. 29, UNSur, 2000.

propietarios del norte no habían sido convocados. En efecto, el norte no tenía “representación en la comisión de hacendados que es el órgano propio para representar sus males al gobierno. *Los que componen esta comisión son todos hacendados del Sur*”.⁷² Y acentuando este desinterés gubernamental, tanto las expediciones militares como los encuentros diplomáticos se centraron a partir de ahora en el sur de la provincia.⁷³

Conclusiones

Creemos haber mostrado de manera clara en este trabajo que entre 1816 y 1820 la atención del gobierno bonaerense estuvo centrada en su sector norte: los conflictos con las provincias del Litoral y la amenaza de montoneras mixtas criollas-indígenas fueron motivo de preocupación constante. Pero que, pacificado el conflicto civil y disminuida la existencia de bandidos y/o desertores producto de lo anterior que descomprimió el peso de la movilización miliciana, las relaciones interétnicas pasaron a un lugar muy marginal en la agenda del gobierno. No sucedía lo mismo en los grupos ranqueles más cercanos a la frontera bonaerense para quienes los conflictos al interior del espacio indígena se mantenía con toda su intensidad. De manera que, a la confluencia de intereses que existió en un primer momento, siguió una imposibilidad de acuerdo debido a que, para una de las partes, la inversión de recursos y esfuerzos diplomáticos ya no era vital. Este hecho habría derivado en que los caciques ranqueles volvieran a recostarse sobre las provincias de Mendoza y Córdoba para la obtención de acuerdos de paz que les garantizara un flujo de bienes regular, vía obsequios o intercambio.

Sobre este esquema que hace al curso general de la relación diplomática se pudo avanzar en otro eje de análisis que queremos destacar y se relaciona con la existencia de vínculos personales que cruzaban no solo la frontera interétnica sino también las fronteras provinciales. El más identificable de ellos era el que unía al vecino y lenguaraz de Pergamino, Dionisio Morales –al menos– con el cacique Lienan y a éste también con el cura Gutiérrez. Lo llamativo de este vínculo es que parecía ser recelado por el gobierno de Buenos Aires que en dos oportunidades ordenó la prisión de Morales en tanto era buscado por los santafesinos. Vimos que Tomas Bernal en 1816 y Estanislao López en 1821, utilizaron los contactos indígenas del vecino de Pergamino con motivos diversos. Otra relación evidente era la de Francisco Ulloa con el cacique Quintana que se puso en evidencia por los informes del primero y por el recelo del segundo cuando recibió en sus tolderías a otro interlocutor, Matías Gutiérrez, con cartas del gobernador. Ante esto su reacción fue pedir de manera especial que las negociaciones las llevara adelante Ulloa. Al lado de estos vínculos personales que se evidenciaba en el conocimiento detallado del mundo indígena se encontraba

72 *El Patriota* 24 y 31 de octubre de 1821. Énfasis nuestro.

73 Ver Silvia Ratto, *La frontera bonaerense (1810-1828): espacio de conflicto, negociación y convivencia*. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2003, pp. 35-53.

el desconocimiento de algunas autoridades militares –no pertenecientes a los pueblos de campaña donde tenían su asentamiento– sobre esos asuntos que llevaban, en ocasiones, a rivalidades entre vecinos y autoridades centrales.

Lo claro es que estas alianzas no respondían, para los indígenas, a afinidades políticas sino personales y ante el cambio de orientación del aliado criollo seguían el mismo rumbo. Eso parece haber sucedido en el caso de Bernal que buscó apoyo de los ranqueles tanto desde su lugar de enfrentamiento con el gobierno bonaerense en 1816 como formando parte de las fuerzas directoriales tres años después. Si parece innegable la existencia de estas relaciones personales, se nos escapa el fundamento de éstas. ¿Sobre qué bases se asentaba esta amistad? ¿Cuáles eran los beneficios mutuos que recibían los interlocutores? Es probable que el intercambio –relación por excelencia de los contactos interétnicos fronterizos– fuera uno de ellos. En otros casos, lo que primaba era la posibilidad de conformar milicias auxiliares para la apropiación de un botín.⁷⁴ En última instancia, intercambio y guerra eran las dos caras para la obtención de recursos necesarios para sostener los circuitos de comercio y de reciprocidad del mundo indígena y por lo tanto, en la medida que se garantizara una paz asentada en la entrega de obsequios se alejaba el peligro de los malones. Y de esta manera volvemos a la idea central del trabajo: las incursiones indígenas a comienzos de la década de 1820 preocupaban en el sur de la provincia y allí se concentraron las negociaciones de paz a través de misiones que se repitieron en los años 1824, 1825 y 1828 culminando en ese año con la organización de la Negociación Pacífica de Indios llevada adelante por el gobierno de Las Heras.⁷⁵ El norte, mientras tanto, seguiría reclamando por una atención y protección que no llegaba.

74 Trabajamos esta idea en Raúl Fradkin y Silvia Ratto, “El botín y las culturas de la guerra...”

75 Ver Silvia Ratto, *La frontera bonaerense...*, pp. 46-53.

Los autores y las autoras

María Eugenia Alemano es Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata y Máster en Historia del Mundo Hispánico por la Universitat Jaume I. Actualmente es becaria del CONICET y candidata al Doctorado en Historia por la Universidad de San Andrés. Es auxiliar docente en Historia Americana II (Colonial) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Contacto: mealemano@udesa.edu.ar

Darío G. Barrera es Doctor en Historia y Civilizaciones por la EHESS (París, 2002). Reviste como Profesor Titular Ordinario de Historia de América II (Colonial) en la UNR y como Investigador Independiente en el ISHIR (CONICET-Rosario). Es uno de los coordinadores de la Red de Historia de la Justicia. Dirige el CEHISO-JG (Centro de Estudios de Historia Social de la Justicia y el Gobierno) y la revista *Pro-historia*. Contacto: dgbarriera@conicet.gov.ar

Carlos María Birocco es Profesor en Historia por la Universidad de Morón y Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Luján. Actualmente es doctorando de la Universidad Nacional de La Plata. Reviste como Profesor Titular en Historia de América I (Colonial) en la Universidad de Morón. Contacto: cbiroc@yahoo.com.ar

Florencia Carlón es Doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la UNQ (Bernal, 2013). Forma parte del CEHMe/UNQ (Centro de Estudios en Historia, Cultura y Memoria, Universidad Nacional de Quilmes como becaria pos doctoral (CONICET). Contacto: florcarlon@hotmail.com

Raúl O. Fradkin es Profesor de Historia por el Instituto Joaquín V. González. Reviste como Profesor Titular Regular de Historia de América II (Colonial) y Profesor Adjunto Regular de Historia Argentina I de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires e Investigador del Instituto Ravignani (UBA-Conicet). Es también Profesor Asociado Ordinario de Historia de América del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján y Director de la Colección Historia Argentina de la editorial Prometeo. Contacto: raul.fradkin@gmail.com

Vicente Agustín Galimberti es Profesor y Licenciado en Historia, y Especialista en Ciencias Sociales con Mención en Historia Social por la Universidad Nacional de Luján (2006, 2009 y 2012 respectivamente). Revista como Ayudante de Primera Ordinario de Historia Social Argentina y como Becario de Investigación en la Universidad Nacional de Luján. Contacto: agustingalimberti@hotmail.com

Miriam S. Moriconi es Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Rosario, donde ha presentado además su tesis doctoral. En la misma casa se desempeña como Profesora Titular de Historia de Europa III (Historia Moderna). Es miembro del CEHISO-JG (Rosario), integra el grupo RELIGIO y la Red de Historia de la Justicia. Contacto: miriammoriconi@hotmail.com

María Paula Polimene es Profesora de Historia y Doctoranda en Humanidades y Artes, mención Historia, por la UNR. Se desempeña como JTP de Historia de América II (colonial) en dicha Universidad y es Becaria del CONICET (ISHIR). Es miembro del CEHISO-JG (Centro de Estudios de Historia Social de la Justicia y el Gobierno). Contacto: polimene@ishir-conicet-gov.ar

Silvia M. Ratto es Doctora en Historia por la UBA (2003), Profesora asociada del Departamento de Ciencias Sociales de la UNQ e Investigadora Independiente del CONICET. Actualmente se desempeña como Directora del Diploma en Ciencias Sociales de la UNQ. Contacto: sratto@unq.edu.ar

Griselda B. Tarragó es Doctora por la Università degli Studi di Milano (Milán, 2009) y ha obtenido el título en Estudios Avanzados por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y de América de la Facultad de Filología, Geografía e Historia, de la Universidad del País Vasco (Vitoria Gasteiz, 2003). Es Profesora Titular Ordinaria de Historia Moderna en la Universidad Nacional de Córdoba, Directora de Proyecto tipo A en la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la misma Universidad, miembro del ISHIR-Conicet y Editora Científica de la Revista *Prohistoria*. Contacto: griseldatarragorusso@gmail.com